

EL LARGO VIAJE A TRAVÉS DEL FALANGISMO: PRIMERA LÍNEA DEL SEU Y DISIDENCIA INTERNA EN LOS AÑOS CINCUENTA

Sergio Rodríguez Tejada

Introducción

En el panorama político de la Europa posterior a la II Guerra Mundial, en que el fascismo había sido derrotado y sometido a erradicación, hubo un país donde fue capaz todavía de echar brotes nuevos, amparado por el carácter complejo de la dictadura de cuyo discurso formaba parte. Este país era España y sólo una situación institucional comparable en Portugal y la división creada por la guerra fría atenuaban su excentricidad en el continente. Porque lo característico de ese fascismo español epígono que floreció en torno a 1950 no fue que perdurase entre grupos de nostálgicos, como sucedía en otros países, sino que tuvo la vitalidad suficiente para interesar, al menos temporalmente, a una parte sustancial de la juventud con inquietudes políticas¹.

El hecho de que la gran mayoría de esos jóvenes seguidores, de una u otra forma, acabasen abjurando de sus creencias ha perjudicado la comprensión del fenómeno, reducido en ocasiones a una mera estación de tránsito, una especie de preparación inconsciente para ulteriores posiciones políticas en general mucho más presentables. Este argumento funcionalista viene a menudo determinado por la asunción de la perspectiva de los participantes, que tienden a reinterpretar *a posteriori* sus hechos pasados — sobre todo los de edades tempranas — en el marco de una historia de vida

1. Cfr. J. Fisher, *Disciplining Germany. Youth, Reeducation, and Reconstruction after the Second World War*, Detroit, Wayne State UP, 2007; L. La Rovere, *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transazione al postfascismo, 1943-1948*, Torino, Bollati Boringhieri, 2008; L. Reís Torgal, *A Universidade e o Estado Novo. O caso de Coimbra, 1926-1961*, Coimbra, Minerva, 1999.

arraigada en el presente. Por ello es necesario compensar esas inercias mediante el análisis crítico de los testimonios personales y la contraposición de otras fuentes, restaurando en lo posible el sentido que la situación estudiada tuvo en su propio tiempo. Aun asumiendo parcialmente esa perspectiva biográfica, cabe interesarse por el recorrido, tanto o más importante para la comprensión de un proceso de cambio que el punto de llegada.

El “largo viaje” que da título a este artículo alude a la similitud de experiencias generacionales entre esos fascistas españoles tardíos — que llegaron al Sindicato Español Universitario (SEU) cuando el franquismo ya se había consolidado — y sus equivalentes italianos de los GUF, que atravesaron por vicisitudes comparables unos veinte años antes². En ambos casos su fervor fascista les llevó a adoptar posiciones críticas con el orden establecido, no por su carácter dictatorial, sino porque consideraban que se había apartado de la pureza doctrinal que a ellos les había sido inculcada. Esa disidencia interna, que osciló entre la protesta velada y el cierre de filas, fue acumulando contradicciones crecientes, pero nunca llegó a plantear un desafío abierto contra el régimen³. La resolución del dilema fue individual y muy diversa, de manera que difícilmente puede explicarse como un resultado inevitable de la caducidad de la doctrina fascista, o de una irresistible tendencia de los jóvenes universitarios a repudiar al sindicato oficial. Para analizar este proceso, comenzaremos revisando las obligaciones que asumió el SEU en la universidad franquista, para describir a continuación los cambios que experimentó en los años posteriores, fijándonos en particular en la crisis del proyecto de refascistización que representó la Primera Línea en los años Cincuenta y sus consecuencias.

2. El parecido fue sugerido al Autor por el testimonio de Ángel Sánchez-Gijón Martínez (11-X-2004), que relataba su sorpresa al reconocer muchas de sus vivencias en el libro autobiográfico de Ruggero Zangrandi, *Il lungo viaggio attraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione*, Milano, Feltrinelli, 1962. Cfr. M. A. Ruiz Carnicer, *Juventud universitaria y fascismo: GUF, NSDSiB y SEU. Un análisis comparativo*, en J.J. Carreras Ares y M. A. Ruiz Carnicer (eds.), *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 63-92; T. H. Koon, *Believe, Obey, Fight. Political Socialization of Youth in Fascist Italy, 1922-1943*, Chapel Hill-London, University of North Carolina Press, 1985, esp. cap. 7 y 8; F. Morente Valero, “*Libro e Moschetto*”. *Política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943)*, Madrid, PPU, 2001, pp. 144-151; L. La Rovere, *Storia dei GUF. Organizzazione, politica e miti della gioventù universitaria fascista, 1919-1943*, Torino, Bollati Boringhieri, 2003.

3. El carácter aporético de esa «oposición interna» ya fue advertido por M. Tuñón de Lara, *Sobre la Historia de la oposición al franquismo: Balance y perspectivas*, en J. Tusell, A. Alted y A. Mateos (coords.), *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*, Madrid, UNED, 1990, II, p. 422.

1. *El papel del SEU en la universidad franquista*

Dentro del nuevo orden impuesto en las universidades españolas por la victoria franquista en la Guerra civil, al SEU le correspondieron dos tareas interrelacionadas. La primera de ellas fue ayudar a refundar la institución que debía educar a las futuras clases dirigentes del Nuevo Estado. Las diferencias ideológicas existentes en el seno de la coalición triunfante determinaron la segunda de sus obligaciones: ejercer como principal puntal de los falangistas en un ámbito desfavorable para ellos, dado el carácter reaccionario — y por tanto renuente al fascismo — de la mayoría del profesorado universitario, situación que las denominadas «oposiciones patrióticas» no modificaron de manera sustancial. Esto último resultó a todas luces excesivo para el sindicato, toda vez que las diversas tendencias del nacionalcatolicismo retuvieron dentro del gabinete el poder decisorio vinculado al sistema de enseñanza. Sólo los servicios prestados por los falangistas al Caudillo y la vigencia de la alianza nazi-fascista permitieron durante los primeros años Cuarenta compensar esas debilidades, ofreciendo al SEU una posición privilegiada en el espacio público universitario. La organización recibió en exclusiva el control sobre los estudiantes, convirtiéndose — en el contexto del decreto de unificación de 1937 — en el único sindicato legal, obligando así a los restantes activistas de derechas a integrarse en su estructura, con no pocas tensiones y recelos por ambas partes⁴.

Los dirigentes en cada distrito procuraron atraer afiliados, ofreciendo servicios diversos de tipo asistencial y lúdico, tales como becas, residencias, comedores, albergues y actividades deportivas, todos ellos limitados, pero atractivos en el triste panorama de posguerra. En agosto de 1942 la Milicia Universitaria del SEU obtuvo el monopolio sobre el orden público dentro de los recintos universitarios, excluyendo del mismo a otras fuerzas de seguridad, competencia que se mantuvo a pesar de que en 1944 fuese transformada en una despolitizada Instrucción Premilitar Superior (IPS). En julio de 1943, la Ley de Ordenación de la Universidad española (LOU) declaró obligatoria la afiliación al SEU, un objetivo perseguido desde siempre que incrementaba su capacidad de control sobre los estu-

4. Cfr. M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 33, 85-88, 122 y ss.; J. M. Fernández Soria, *Educación, socialización y legitimación política (España 1931-1970)*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1998, pp. 113 y ss.; W. J. Callahan, *La Iglesia católica en España (1875-2002)*, Barcelona, Crítica, 2003 (*The Catholic Church in Spain, 1875-1998*, Washington DC, Catholic University of America Press, 2000), p. 308 y ss.; J. M. Thomàs, *La Falange de Franco: fascismo y fascistización en el régimen franquista (1939-1945)*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001, p. 153; S. Rodríguez Tejada, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, Valencia, PUV, 2009, I, pp. 68-69 y 177.

diantes y su reconocimiento institucional, justo después de un periodo de convulsiones internas en el régimen. El precio fue asumir la inevitable burocratización del sindicato y su integración en el Frente de Juventudes, aunque sus cargos procuraron utilizarlo para labrarse una carrera personal dentro del régimen⁵.

La afiliación obligatoria posibilitó un mayor hostigamiento contra los universitarios de familias republicanas, a los que se extendió la represión dirigida inicialmente contra sus padres y hermanos. Se podía obstaculizar su matrícula por el simple procedimiento de negarles el ingreso en el SEU y, una vez formalizado éste, todavía era posible retirarles el carné de afiliado, imprescindible para poder presentarse a los exámenes. Algunos de ellos se vieron obligados, con no pocas dificultades, a cambiar de distrito para eludir las represalias. Con todo, hay numerosos indicios de que buena parte de los estudiantes hicieron caso omiso a los llamamientos de tono marcial emitidos por el sindicato oficial — tales como convocatorias obligatorias a demostraciones políticas y ejercicios atléticos, o las amenazas contra el absentismo y el tradicional adelanto de las vacaciones — y retrasaron todo lo posible su ingreso en la organización, además de boicotear la preceptiva exhibición de sus insignias. Pero no cabe confundir esta renuencia con una voluntad de contestación política, sino que más bien correspondía a la saturación de ideología propia de la posguerra y al rechazo espontáneo que suscitaba la pretensión del SEU de supervisar su vida cotidiana⁶.

En ello coincidían con no pocos profesores satisfechos con la vuelta al orden, pero deseosos de recuperar la “normalidad” previa a la guerra. Por otra parte, la presencia de la Iglesia a través de las organizaciones de Acción Católica y el funcionamiento del fervor religioso como una identidad refugio actuaron como otro polo de atracción — no menos totalitario — diferente al falangista. Todo esto sugiere que en el proceso de socialización de los universitarios, como en el caso del resto de los jóvenes, operaban ya en los años Cuarenta mecanismos paralelos, cuando no contradictorios, que a su vez debían confrontarse con los intereses y las trayectorias familiares de cada estudiante, dando lugar a resultados variados que a su vez fueron cambiando en los años posteriores, según lo hicieron las condiciones en que tenía lugar la interacción. Así pues, podría afirmarse que, también en la primera de las tareas mencionadas más arriba, el SEU encontró bastantes dificultades⁷.

5. M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., capp. 6 y 12; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, cap. 1.

6. S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 69, 101-114.

7. *Ivi*, I, pp. 46, 104-105, 123, 131-134, 173. Para el debate sobre el “fracaso de la socialización”: G. Cámara Vilar, *Nacionalcatolicismo y escuela: la socialización política del franquismo (1936-1951)*, Jaén, Hesperia, 1984; M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., esp. pp. 409-501; F. Morente Valero, *La universidad franquista y la universidad fascista en perspectiva comparada*, en “Cuadernos del Instituto Antonio Nebrija”, 2005, n. 8, pp. 179-214.

El declive del Eje en la II Guerra Mundial determinó el progresivo retroceso de las posiciones públicas y de la simbología fascista en todos los ámbitos del régimen, incluyendo la universidad. El protagonismo del sindicato quedó acotado a los actos expresamente políticos, en un deslinde deliberado que utilizó el discurso religioso e intelectual para presentar una imagen apolítica de la institución académica. Las primeras elecciones a delegados de curso en 1944 fueron presentadas como un ejemplo de la particular “democracia orgánica” franquista, aunque la normativa establecía hasta seis filtros para evitar que pudiesen salir elegidos candidatos desafectos. La propia prensa falangista se vio forzada a intentar argumentar su originalidad frente al fascismo, sin ser capaz de diferenciarse totalmente de él. Ello dio lugar a aprietos retóricos considerables en las revistas del SEU, con titulares como: *Somos claros en política. Fascistas, no, pero...* Aun cuando esta situación provocó fuertes tensiones internas, los militantes falangistas continuaron ejerciendo su labor escuadrista, impulsando muestras de rechazo al embargo exterior y tomando represalias físicas contra la efímera resistencia clandestina en la universidad. Con todo, cuando los inicios de la guerra fría hicieron evidente que Franco permanecería en el poder *sine die*, la necesidad de adaptarse para sobrevivir ejerció un papel socializador mayor que cualquier adoctrinamiento ideológico, falangista o católico⁸.

2. *Rearme ideológico y Primera Línea*

En el cambio de década, tres factores convergieron para reactivar el SEU hasta convertirlo de nuevo en un foco de iniciativa política. En primer lugar, se produjo la llegada a la universidad de los llamados «hermanos menores», sucesores de la «quinta del SEU» original. Eran los primeros falangistas de campamento, formados en las Falanges Juveniles de Franco (FJF) como la élite del Frente de Juventudes, según un deliberado programa de adoctrinamiento que pretendía convertirlos en los herederos de la esencia ideológica de la Falange. Los motivos de su ingreso en las FJF no siempre eran de tipo político. Pero entraron en un entorno virtual en el que la «revolución pendiente» fascista seguía vigente, las renunciaciones que habían convertido al Partido en Movimiento eran una imposición forzada, el enemigo inmediato estaba dentro del régimen — en particular, los católicos del Opus Dei — y José Antonio como mártir idealizado oscurecía el mito oficial de Franco, demasiado vinculado a la triste realidad de una España que, mirada con los ojos del Fundador, no podía gustarles. Una

8. S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 121-136 y 156-157; J. R. Capella, *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Trotta, 2005, pp. 29-30; J. M. Colomer, *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*, Barcelona, Cúrial, 1978, II, pp. 45 y ss.

parte de ellos evolucionó, de hecho, hacia posiciones críticas con el gobierno y con el mismo Caudillo, proceso alentado por algunos de sus instructores y tolerado por los mandos, que preferían ocultar estas disensiones y atribuir el descontento al fervor de la militancia juvenil⁹.

En el tránsito a la universidad, se produjo una renovación de apellidos en el SEU y en su Sección Femenina, producto de la misma circulación de las élites que el franquismo había generado. Mientras muchos de los hijos de los jefes del Movimiento se desentendían de la política (otro motivo de reproche para los críticos), jóvenes de familias de clase media, por ideales o por necesidad, mantenían su militancia falangista, integrando una minoría politizada entre el conjunto de los estudiantes, mucho más numerosa y visible que los aislados jóvenes que cultivaban en silencio simpatías izquierdistas o nacionalistas. Su inquietud intelectual, su fervor fascista y el impacto de la cuestión en los círculos del régimen llevaron a muchos de estos recién llegados a interesarse por el debate sobre «el problema de España» y a tomar partido por las posiciones del falangismo genuino de Pedro Laín Entralgo y Dionisio Ridruejo, frente al nacionalismo reaccionario del católico Rafael Calvo Serer, que representaba todo lo que sentían llamados a combatir: el conservadurismo social, el clericalismo y el Opus Dei. Su herencia joseantoniana les llevó a leer a la generación del '98 — especialmente a Miguel de Unamuno — y sobre todo a José Ortega y Gasset. Por otra parte, la misma ambición totalizadora falangista, que reivindicaba por entonces al conjunto de la tradición cultural española, despertó su interés por autores antes denostados por su adscripción republicana y que por ello también atraían a los universitarios disidentes. Así, Antonio Machado, Federico García Lorca o Miguel Hernández sería mencionados con normalidad en las revistas del SEU¹⁰.

9. F. Marsal, *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Barcelona, Península, 1979; J. Sáez Marín, *Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la posguerra (1937-1960)*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 131 y ss.; J. A. Cañabate, *Les organitzacions juvenils del règim franquista (1937-1960). Trajectòria general i evolució a les Balears*, Palma de Mallorca, Documenta Balear, 2004, pp. 116 y ss.; M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., pp. 308-312; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 188 y ss. Incluso los falangistas más descontentos invocaban a Franco cuando les convenía. En 1949 un enfrentamiento entre el SEU y el rector de la Universidad de Granada desembocó en una huelga y manifestaciones, en las que se coreaban lemas como “Franco sí, rector no”. A. Cazorla Sánchez, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, p. 182, nota 79.

10. J. L. Rodríguez Jiménez, *Historia de la Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, p. 491; J. A. Cañabate, *Les organitzacions...*, cit., p. 126. El factor de clase también aflora en la inquina contra el Opus y sus discípulos en la universidad. M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., pp. 241, 277 y ss.; S. Ellwood, *Prietos las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1981, pp. 219-220; I. Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 138 y ss. Cfr. otras interpretaciones sobre «los ridruejos»: J. Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo*

En segundo lugar, se produjo un cambio en el Ministerio de Educación. En 1951, Franco confió la cartera a Joaquín Ruiz-Giménez, un católico moderado que tenía muy buenas relaciones en la Falange, en particular con los intelectuales agrupados en torno a Dionisio Ridruejo, algunos de los cuales formaron parte del equipo del nuevo ministro. Con su colaboración impulsó una política de revitalización de la enseñanza en general y de la universidad en particular, que tenía entre sus objetivos utilizar la cultura consagrada para mejorar la imagen del régimen y del propio Franco. Tanto por la identidad de sus responsables como por el contenido de su política, el Ministerio de Educación se posicionó junto a los falangistas más activos en la lucha de poder — reavivada desde 1948 — que les enfrentaba a los grupos de intereses católicos¹¹.

En tercer lugar, el SEU estaba experimentando importantes cambios en su organización interna y en su presencia universitaria. Auspiciada por el nuevo ministro, una nueva dirección, encabezada por Jorge Jordana, procuró reactivar la vida política del sindicato, emanciparlo del Frente de Juventudes y volver a arraigarlo entre los estudiantes. Se aprobó un plan de formación política que buscaba una recuperación del componente doctrinal de la organización, desvirtuado por la afiliación obligatoria. Un año antes, ya se había planteado la necesidad de diferenciar entre militantes y afiliados. Incluso había un proyecto de reglamento en el que se declaraba la intención de volver al espíritu fundacional agrupando a la minoría falangista y captando nuevos miembros. En noviembre de 1951, se creó la Primera Línea del SEU, nombre tomado de las escuadras — similares a las *Sturmabteilungen* (SA) nazis — de la Falange original, integradas por muchos miembros del SEU y destacadas en la preparación del alzamiento de 1936. Con ella se extendía a la universidad el modelo elitista de las FJF, que fueron precisamente la cantera básica de la nueva agrupación¹².

La Primera Línea debía recuperar parte del espíritu fundacional falangista, en especial «una conciencia de minoría auténtica». Se esperaba que

y cultura en España, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 273 y ss.; S. G. Payne, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997, pp. 616-617.

11. Cfr. M. Baldó Lacomba, *Excluyentes y comprensivos. La política universitaria de Ruiz-Giménez, 1951-1956*, en J. Nieto y J. M. Company (coords.), *Por un cine de lo real. Cincuenta años después de las "Conversaciones de Salamanca"*, Valencia, IVC, pp. 25-35.

12. M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., pp. 218-219, 252-258; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 194-195; D. Jato, *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, ed. autor, 1967, pp. 130-132; S. G. Payne, *Franco...*, cit., p. 199; J. L. Rodríguez Jiménez, *Historia...*, cit., p. 249; J. A. Parejo Fernández, *La Primera Línea de la Falange contra la República*, en "Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea", 2006, tomo 18, pp. 207-223. Cfr. E. Hernández Sandoica, M. A. Ruiz Carnicer y M. Baldó, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización estudiantil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, pp. 81-82, que sitúan la Primera Línea del SEU a mediados de los años Cuarenta.

constituyese «el sistema vertebral del Sindicato» y que proporcionase a la Falange nuevos militantes, cooptando a sus miembros entre los estudiantes más inquietos y estudiosos. Se les exigía un periodo de formación y que diesen ejemplo académico y personal, algo que debería juzgar un «Tribunal de Estilo». Sin embargo, como ocurría en las FJF, muchos candidatos se postulaban por necesidad, ya que buscaban méritos para acceder a las becas y los Colegios Mayores falangistas y ello no les hacía precisamente destacar por su entusiasmo. Un mes después de su creación, una reunión de cuadros valencianos «veteranos y bisoños» reunió a unos ochenta asistentes (varones) de un total de 3.058 personas matriculadas en la universidad — si todos eran todavía estudiantes, no llegaban al tres por ciento —, lo que revela el alcance real de la militancia falangista. Según la normativa, el jefe de Distrito era también jefe de la Primera Línea. Sin embargo, en ocasiones se produjo una segregación entre la labor representativa y la eminentemente política, delegada en una persona de confianza. Los militantes se repartían en Equipos Orgánicos — «núcleos de convivencia», de los que había como mínimo uno por centro y Colegio Mayor — y Funcionales, dedicados a los departamentos sindicales. Se excluía expresamente «el encuadramiento militar» — competencia de la IPS — pero se reivindicaba una disciplina «castrense» que asegurase una «movilización unánime», en especial, «en cualquier situación de emergencia universitaria y nacional». Para ello se contaba con un «fichero reservado» de militantes «con expresión detallada de sus actividades e historial político y académico». Todo ello da idea de la pretensión de mantenerse alerta como instrumento de intervención política¹³.

3. *Ofensiva sociocultural y malestar interno*

En una época en que la aparente indolencia e indiferencia política de la juventud constituían un motivo de preocupación, los proyectos del Ministerio de Educación y de los jóvenes falangistas del SEU coincidieron durante unos años en el fomento de la participación de los estudiantes. En 1951, se redujeron los filtros para ser delegado de curso. Se actualizaron los servicios asistenciales del sindicato, tales como becas, academias de estudios, oficinas de gestión de ayudas y viajes, hogares-comedores y Colegios Mayores masculinos y femeninos, además de introducir otros nuevos, como los Clubes Universitarios, concebidos para ser a la vez centros de dinamización de la vida sociocultural estudiantil y sedes de la Primera Línea. Con una concepción puramente fascista, eran *espacios totales*, que pretendían adoctrinar a través de la decoración y el mobiliario, combinando deta-

13. M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., pp. 252-258; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 195-196.

lles del diseño más avanzado y obras de artistas de vanguardia — indicadores de la actualidad y el dinamismo de la organización — con recursos propagandísticos más tradicionales, como los retratos y eslóganes en sus muros; pero los había también más sutiles: en el Colegio Mayor masculino *Alejandro Salazar* de Valencia, por ejemplo, la forma de los cabeceros de las camas y los respaldos de las sillas reproducían el emblema falangista. El Congreso Nacional de Estudiantes celebrado en la Ciudad Universitaria de Madrid en 1953 aprobó un Estatuto que atribuía al estudio «la máxima consideración social», hasta el punto de considerarlo un «trabajo» y un «título suficiente para exigir tutela y asistencia social». Nunca dejó de ser papel mojado, pero constituye buena muestra de un discurso propagandístico que durante años halagó a la juventud con declaraciones vacías, pero interpretables en un sentido muy diferente¹⁴.

Con todo, lo realmente significativo del periodo fue la renovación de las actividades culturales y la introducción de nuevas experiencias de tipo social, todo ello con el objetivo de inducir una conciencia social y revolucionaria en un sentido falangista. Ya durante la Guerra civil, el TEU se había apropiado para su propaganda de los recursos utilizados por el teatro universitario republicano. En la segunda mitad de los años Cuarenta, se desarrolló un nuevo interés por el teatro experimental y de cámara. Se representaron obras de vanguardia que expresaban la crítica falangista, como *Escuadra hacia la muerte* de Alfonso Sastre, pero también las de autores españoles y extranjeros igualmente muy alejados estética y políticamente del teatro autorizado en las salas comerciales, lo que atrajo a las funciones a un público de edad y orientación muy diversa. Testimonios posteriores han presentado esta convivencia como una claudicación del SEU, pero desde el punto de vista de sus dirigentes se trataba más bien de un proyecto de cooptación adaptado a un contexto despolitizado, que por la pobreza cultural de la época estaba ávido de novedades¹⁵.

En coherencia con la visión fascista de los medios de masas, el SEU siempre dio gran importancia al cine. Dentro de los márgenes permitidos por sus superiores, la crítica cinematográfica de las revistas del SEU atacaba sin piedad los filmes más comerciales, mientras exaltaba, por ejemplo, el trabajo cinematográfico del neorrealismo italiano, al que reconocía además un valor explícito de crítica social. Los cine-clubes de la organización recibieron un nuevo impulso, proyectando cine clásico, político y de autor, con el propósito de educar el gusto cinematográfico. Tras la proyección, era habitual que se organizase un coloquio entre los promotores y un público muy variado, expresándose opiniones críticas de tipo artístico, social y político: un precedente que supieron continuar y adaptar disidentes

14. *Ivi*, pp. 263 y ss. y pp. 199-208.

15. P. Martínez-Michel, *Censura y represión intelectual en la España franquista: El caso de Alfonso Sastre*, Hondarribia, Hiru, 2003; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, p. 211.

más decididos en la década siguiente. Siguiendo la modernidad falangista, en esos años el SEU también promocionó a jóvenes artistas plásticos, mediante becas, exposiciones, premios y encargos de trabajo, que permitían después atribuirse parte del éxito de esta suerte de “compañeros de viaje”. Algunos de los más destacados representantes de las vanguardias españolas de mediados de siglo participaron en la decoración de locales del sindicato y garantizaron una ilustración de primera fila en sus publicaciones. La política artística del SEU iba por delante del gusto común del estudiante medio: honrando la tradición futurista, eso era precisamente lo que pretendían los falangistas¹⁶.

Junto con las iniciativas culturales, una vertiente fundamental de la labor del SEU en esos años fue el Servicio Universitario de Trabajo. Con un lejano precedente en la LOU que nunca llegó a desarrollarse, entroncaba con el propio discurso nacionalsindicalista. Al mismo tiempo, coincidía con un movimiento más amplio de campos de trabajo de orientación social en Europa occidental. Los objetivos eran diversos, entre ellos combatir la actitud y la imagen de “señoritos” que tenían los universitarios, fomentar la colaboración interclasista y encauzar su inquietud social hacia el falangismo, que se presentaba como una alternativa práctica y eficaz, opuesta por igual al clasismo conservador predominante y a la protesta disruptiva del histórico enemigo comunista. Sin embargo, muy a menudo, el SUT confirmó en unos casos, o despertó en otros, un fuerte sentimiento de decepción e indignación ante la evidencia de cuál era la auténtica política social de la dictadura, con concreciones ideológicas muy diversas¹⁷.

Con el objetivo de divulgar las posiciones falangistas, captar mentes privilegiadas y hacer aflorar el estado de opinión de los estudiantes, se reavivaron los medios escritos, entre ellos los murales y las revistas. Abordaban un gran número de temas, a menudo con un tono polémico: siguiendo una costumbre habitual bajo la dictadura en la que los falangistas eran especialmente expertos, utilizaban referencias veladas para repartir críticas por igual a izquierda y derecha, poniendo implícita y deliberadamente a la misma altura lo que para ellos eran el enemigo interior conservador y el exterior izquierdista. En ocasiones, excedían el límite de lo aceptable, sobre todo cuando sus intervenciones iban asociadas a agitaciones políticas fuera del texto. Eso es lo que ocurrió a principios de 1951 en Valencia, donde el equipo del ridruejista Vicente Ventura, que dirigía el órgano local “Claustro”, cargó excesivamente las tintas contra la política del gobierno, coincidiendo con la participación de elementos falangistas de la CNS y del

16. M. A. Ruiz Carnicer, *Amor, fe y aventura. El cine y el SEU antes de Salamanca*, en J. Nieto y J. M. Company (coords.), *Por un cine de lo real...*, cit., pp. 37-49; A. Llorente, *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*, Madrid, Visor, 1995, pp. 251-274; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 213-215 (también para lo que sigue).

17. M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., p. 437 y ss.

SEU en el boicot de los tranvías de Barcelona en marzo de 1951. Ventura y sus colaboradores fueron destituidos de manera fulminante, en buena medida por el temor a que cundiese el ejemplo, como de hecho ocurrió en Granada y estuvo a punto de suceder en Valencia¹⁸.

Ese malestar creciente también se manifestaba en otras actividades de la Primera Línea, a menudo vigiladas por los servicios de seguridad. En Valencia, por ejemplo, organizaron un grupo de reflexión crítica denominado Amadís, editaron una revista teórica de circulación restringida y llegaron a realizar pintadas nocturnas de contenido anticapitalista. Se trataba de expresiones de descontento limitadas en su alcance y objetivos, que venían de un personal en teoría adicto y por eso mismo se toleraban. Por eso no debemos extrañarnos si encontramos a estudiantes falangistas presenciando, cuando no encabezando, las tradicionales algaradas universitarias de adelanto de vacaciones. Si en las condiciones de máxima fascistización de la primera mitad de los Cuarenta no habían conseguido acabar con ellas, era lógico que ahora intentasen encauzarlas hacia una resolución negociada con el Rectorado. Eso les permitía, a la vez, desactivar cualquier posible aprovechamiento político contrario a sus intereses, apuntarse un tanto ante los estudiantes y demostrar a la superioridad que contaba con apoyos entre éstos¹⁹.

4. Crisis de la Primera Línea y desactivación del SEU

Gracias a todo esto, el SEU recuperó un cierto reconocimiento entre los estudiantes en la mayoría de los distritos. Sin embargo, se trataba de una situación inestable. Desde los años Cuarenta, el sindicato convocaba de forma periódica manifestaciones contra la presencia británica en Gibraltar. Entre los asistentes, se mezclaban diferentes proporciones adhesión al régimen, sentimientos nacionalistas sinceros y deseos de armar jaleo, bien por diversión, bien para expresar un descontento que normalmente no podía manifestarse en público. En enero de 1954, algunas de estas manifestaciones, particularmente la de Madrid, fueron un poco más allá de lo habitual, o eso le pareció a los mandos policiales, que respondieron dando la

18. J. Gracia, *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1960-Antología)*, Barcelona, PPU, 1994; Id., *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Barcelona, Anagrama, 2006; J. M. Colomer, *op. cit.*, I, p. 85 y ss.; A. Cazorla Sánchez, *op. cit.*, pp. 179-200; F. Fanés, *La vaga de tramvies del 1951*, Barcelona, Laia, 1977, pp. 44-47, 82 y ss. y 163; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 216-219.

19. R. Mesa, *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, UCM, 1982, pp. 81-82; P. Lizcano, *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 103; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 243-245.

orden de cargar contra unos participantes que, por sus orígenes de clase y su estilo de vida, estaban poco o nada acostumbrados a recibir un trato semejante y menos en una demostración oficial. En el estallido de indignación posterior, los mandos del SEU temieron que la situación se les fuese de las manos y se limitaron a quitar hierro al asunto, asumiendo la versión oficial que culpaba a los manifestantes de lo ocurrido. Eso no hizo sino empeorar las cosas. Ante la magnitud de las protestas, el equipo ministerial albergó por primera vez dudas sobre la conveniencia de buscar posibles alternativas a la organización falangista. El rector Pedro Laín entró en conversaciones con universitarios críticos que buscaban organizar un acto cultural independiente del SEU, sin saber que su portavoz, Enrique Múgica, era responsable de una célula clandestina del Partido Comunista²⁰.

La dirección del sindicato dimitió. La Primera Línea estaba sumida en la duda, porque dos de sus referentes, Dionisio Ridruejo y Miguel Sánchez-Mazas, habían entablado conversaciones con sus potenciales rivales. En octubre, ambos sectores se encontraron en un acto de homenaje al recientemente fallecido Ortega y Gasset que derivó en un acto de disenso contra el régimen. Al mes siguiente, jóvenes falangistas concentrados en El Escorial le gritaron su resentimiento al propio Franco. Todo ello hizo entrar en crisis el proyecto de renovación falangista, que hasta el momento se había movido en la ambigüedad de la crítica sin ruptura. La difusión a principios de febrero de 1956 de un manifiesto elaborado por el grupo de Múgica, que desafiaba públicamente a la dictadura y que en un principio fue firmado por algunos destacados dirigentes del SEU de Madrid, abrió la caja de los truenos. La Primera Línea estalló en pedazos y afloró la violencia escuadrista. Buscando imponerse por la fuerza, un sector de la organización asaltó dos veces la Facultad de Derecho, golpeando a alumnos y profesores. En contra de las advertencias expresas del ministro de la Gobernación, en la segunda ocasión incorporaron fuerzas de la Guardia de Franco ajenas al SEU, lo que impregnó la *razzia* de odio de clase, además de ponerla fuera de la ley, pues su intervención ya no podía presentarse como un ejercicio de las competencias de orden público del sindicato. En cambio, otro sector de la Primera Línea les hizo frente, respaldado por esa misma normativa²¹.

20. F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 156; R. Mesa, *op. cit.*, *passim*; P. Lizcano, *op. cit.*, p. 95 y ss.; M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., p. 286 y ss.; E. Hernández Sandoica, *Universidad y oposición al franquismo: Reflexiones en torno a los sucesos de 1956 en Madrid*, en J. Tusell, A. Alted y A. Mateos (coords.), *op. cit.*, II, pp. 185-190; J. Álvarez Cobelas, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 68 y ss.

21. P. Lizcano, *op. cit.*, p. 136 y ss.; P. Preston, *Franco, "Caudillo de España"*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994, p. 803; S. G. Payne, *op. cit.*, p. 622; J. L. Rodríguez Jiménez, *Historia...*, cit., pp. 492 y 506-507; R. Mesa, *op. cit.*, pp. 117-119; S. Rodríguez Teja-

En una escaramuza callejera posterior, dos jóvenes falangistas resultaron heridos por fuego amigo, uno de ellos de gravedad. En medio de la confusión, sus correligionarios clamaron venganza y se temió una noche de cuchillos largos, dirigida, entre otros, contra el equipo de Ruiz-Giménez, al que ahora se acusaba de traición. Todo ello provocó la primera declaración de Estado de excepción de la dictadura y la destitución del ministro Secretario General del Movimiento y del titular de Educación. Aunque estos hechos han sido presentados a menudo como el inicio del posterior movimiento estudiantil de oposición al franquismo, el tratamiento que les dio el dictador sugiere que estaban relacionados con enfrentamientos internos y con la impotencia del falangismo crítico para encabezar una contestación consecuente²².

Los miembros de la Primera Línea del SEU, en Madrid y en otros distritos, encontraron muy difícil aceptar la versión oficial. Las acusaciones de connivencia con el comunismo formuladas contra Ridruejo les resultaban poco creíbles, sobre todo porque tenían inquietantes alusiones a su propia posición política. No obstante, en lo que era otro síntoma revelador de la desorientación y de las limitaciones de su crítica interna — atrapada entre el disgusto y la alarma — no se adoptó decisión alguna, más allá de esperar y ver. En consecuencia, el nerviosismo y la irritación que demostraron en sus intentos de mantener el orden a toda costa en las universidades fueron fácilmente percibidos desde fuera como otro ejemplo más de su vinculación al inmovilismo del régimen²³.

Ante el peligro potencial del descontento estudiantil, las autoridades optaron por transformar el SEU en una entidad apolítica. Entre 1956 y 1961, fue separado del Frente de Juventudes y se modificaron los servicios sindicales, la gestión económica, la Sección Femenina y los Estatutos. Además, se aprobaron tres normativas electorales sucesivas — recabando incluso informes sobre los modelos vigentes en otros países — para crear canales de participación que atrajesen a los estudiantes. Pero más que apostar por una auténtica democratización, se estaba intentando recuperar el tradicional modelo de asociacionismo corporativo todavía vigente en Portugal. Aunque *a posteriori* se ha destacado, con razón, que estas reformas crearon las bases para la posterior infiltración antifranquista en el SEU, para sus militantes resultó entonces mucho peor su obligada sumisión a las autoridades académicas, convertidas ahora en la instancia que debía supervisar a los estudiantes y, llegado el caso, reprimir cualquier pro-

da, *op. cit.*, I, p. 248. Para otras interpretaciones, cf. M. J. Farga, *Universidad y democracia en España. 30 años de luchas estudiantiles*, México DF, Era, 1969, p. 47; M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, *cit.*, p. 302; J. Álvarez Cobelas, *op. cit.*, p. 75; J. Delgado, *Los grises. Víctimas y verdugos del franquismo*, Madrid, Temas de Hoy, 2005, p. 133.

22. S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 249 y 252.

23. R. Mesa, *op. cit.*, pp. 256-257; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 252-253.

testa. Su vinculación a Luis Carrero Blanco, mano derecha del dictador y valedor de la fracción opusdeísta, permite ver los cambios como la continuación del enfrentamiento entre el conservadurismo católico y el falangismo. El último asalto se había resuelto a favor del Opus con el cambio ministerial de 1957 y la tarea se completaba en la universidad debilitando uno de los pocos reductos que les quedaban a los falangistas. A ojos de los estudiantes el sindicato y sus mandos, quedaron convertidos en peleles sin fuerza ni autoridad, precisamente porque les habían sido arrebatadas desde arriba²⁴.

También las actividades culturales del SEU se vieron afectadas, como demuestran dos incidentes relativos al teatro universitario que llegaron incluso al Consejo de Ministros. En marzo de 1959, los responsables del sindicato en la Universidad de La Laguna vieron impotentes cómo el rector, respaldado por el gobernador civil, prohibía unas lecturas teatrales realizadas por el TEU local. Al mes siguiente, un certamen nacional de teatro universitario en Murcia fue interrumpido por denuncias contra el contenido y la puesta en escena de las obras representadas. Las repercusiones de un duro editorial contra el TEU del diario local “La Verdad” desataron un agrio enfrentamiento entre el SEU murciano y la Hermandad de Alféreces. Provisionales, hasta el punto de exigir la intervención del gobernador civil para evitar que se hiciese público el desacuerdo interno. A pesar de respaldar verbalmente a los mandos locales e interpretar el asunto como un ataque a su organización, la Jefatura Nacional del sindicato se convirtió en brazo ejecutor de la represión y puso punto final a la independencia de los TEU. Esta negativa a considerar los problemas estudiantiles más allá de sus propios intereses como grupo de presión condenó al SEU a la extinción, pues le privó de lo único que ante las autoridades justificaba su preservación: la teórica base universitaria que, con más o menos entusiasmo, lo había sostenido durante años²⁵.

Las nuevas protestas estudiantiles y la detención de grupos antifranquistas clandestinos dieron aún más razones al gobierno para seguir erosionando las competencias del sindicato, en este caso las de seguridad. Sin derogarlas expresamente, la nueva Ley de Orden Público de julio de 1959 las vació de contenido, al permitir a la policía — nuevamente como en Portugal — a intervenir en las universidades con el plácet de las autoridades académicas, algo que éstas muy raramente negaban. El desentendimiento respecto del SEU se vio incluso en el tratamiento que los medios de comuni-

24. M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., p. 320 y ss.; P. Ysàs, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 3-4; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 259-271; L. Reís Torgal, *op. cit.*, p. 191 y ss.; N. Caiado, *Movimentos estudantis em Portugal: 1945-1980*, Lisboa, IED, 1990, p. 52 y ss.

25. S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 291-297.

cación — en especial los ajenos a la prensa del Movimiento — daban a sus actividades y dirigentes, marginando, cuando no directamente ignorando, su presencia pública, algo que hubiese resultado inconcebible anteriormente. Cuando medios cinematográficos próximos al gobierno se pusieron en marcha para neutralizar y absorber la ascendiente nueva cultura juvenil con el film *Margarita se llama mi amor* (1961), retrataron una universidad sexista, clasista, en la que pervivía la Tuna y hasta había algún personaje existencialista. Sin embargo, el SEU y los falangistas habían desaparecido por completo²⁶.

5. Finales de trayecto

Resulta doblemente significativo que el personal político que gestionó la despolitización del SEU proviniese, salvo excepciones, de la Primera Línea. Pese a todas sus quejas, su adhesión al régimen pesó más en la práctica, en parte por el temor a verse desbordados por el avance del antifranquismo. No obstante, que las autoridades se viesan obligadas a recurrir a estos “disidentes internos” para cubrir puestos de total confianza dice mucho sobre el poco mordiente que les atribuían, pero también sobre la precariedad de medios humanos con que contaban en el ámbito universitario, sólo aliviado por la puntual información de la policía política²⁷.

En realidad, el problema que afrontaban los falangistas era estructural: el descontento y las peticiones de los estudiantes crecían, mientras las autoridades reducían más y más el margen de maniobra para satisfacerlas. Todos los intentos de retomar la iniciativa de los sucesivos equipos que dirigieron el SEU en los años siguientes se vieron boicoteados por la negativa de sus superiores a cualquier concesión. Esta intolerancia era consustancial a la dictadura, pero también puede apreciarse una cierta desgana específica, en la que se combinaban razones estratégicas — la utilidad del sindicato como instrumento de contención resultaba cada vez más dudosa — y políticas, ya que era otra la orientación ideológica que predominaba en el gabinete. Las únicas ofertas de diálogo, siempre cicateras y falsas, que recibirían los activistas democráticos por parte del gobierno puentearon a los mandos del SEU, como ocurrió en el caso de Villacastín, o se produjeron después de que la organización hubiese sido disuelta.

Eso no fue obstáculo para que siguiese resultando útil contar con un reservorio escuadrista que pudiese utilizar la violencia en la universidad sin implicar a las fuerzas de orden público. Era la misma labor que había de-

26. N. Caiado, *op. cit.*, p. 28; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 266-267 y 332-338.

27. Jesús Aparicio fue el único jefe nacional del SEU de «camisa blanca», pero también procuró apoyarse en antiguos miembros de la Primera Línea. Cfr. M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., cap. 9; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 284-285.

sempeñado la Primera Línea, pero sin su autonomía funcional y política. También para esto se recurrió a falangistas críticos, que integraron una nueva minoría militante denominada Falanges Universitarias (FU). Recuperaban una denominación informal que se habían dado los militantes del SEU para diferenciarse de los simples afiliados y mantenían la tradición del uniforme con brazalete e insignia, pero, a diferencia de la Primera Línea, no fueron objeto de una legislación específica. Debían ser un reducto de fidelidad, capaz de actuar como fuerza de choque frente a cualquier intento de aprovechar la apertura sindical en contra del régimen. También se les encargó confeccionar un registro con fichas de los universitarios más destacados, incluyendo sus preferencias y antecedentes políticos. Así pues, la retaguardia política que formaban las Falanges se revela como el eslabón perdido entre la Primera Línea y la futura Defensa Universitaria, que comenzó a actuar en las universidades coincidiendo con la agonía del sindicato falangista y mostrando claros vínculos con las fuerzas de seguridad y los servicios de inteligencia. Éstos se encargaron de que tuviese diversos recambios, hasta bien avanzada la transición, en forma de grupos “incontrolados” de extrema derecha²⁸.

Ahora bien, por más que el disentimiento del falangismo universitario pareciese domesticado, todavía mostró algo de vitalidad. En 1957, volvió a hacerle un desplante al Caudillo. En algunos lugares, sus dirigentes fueron capaces de retener por un tiempo algo de respeto entre los universitarios, como ocurrió en el curso 1958-1959 en Valencia, donde el delegado de la Facultad de Filosofía y Letras encabezó la primera huelga del centro desde la Guerra civil — con un seguimiento casi unánime entre un alumnado de mayoría femenina — para protestar por una medida arbitraria contra el TEU, que finalmente fue retirada. Esto indica que la respuesta estudiantil no dependía tanto de las siglas cuanto de los objetivos y maneras del llamamiento. Si en general los falangistas estaban perdiendo la partida, no era porque los estudiantes los aborrecieran por principio, sino porque con sus manipulaciones e inconsecuencias acabaron poniéndoselos en contra, justo cuando estaban haciendo aparición competidores más arriesgados y honestos²⁹.

En la estela de la «revolución pendiente», el órgano de las FU “Marzo” mostró un gran interés por las experiencias de Argentina, Cuba y del Congo de Lumumba, porque representaban una tercera vía entre el capitalismo

28. P. Lizcano, *op. cit.*, p. 161; M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., pp. 327-328 y 340; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 283-284; II, pp. 266-270 y 325-326; J. L. Rodríguez Jiménez, *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)*, Madrid, CSIC, 1994; X. Casals, *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skinheads (1966-1995)*, Barcelona, Grijalbo, 1995.

29. S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 289-290.

y el comunismo con la que creyeron poder identificarse. Después de todo, el discurso nacional-revolucionario no estaba tan lejos, aunque fuese en aspectos superficiales, de la «revolución nacional» fascista. Pero cabe recordar que sirvió igualmente de inspiración a los grupos izquierdistas de base estudiantil. Con la disposición para apropiarse de lo novedoso que tantos seguidores había ganado para su causa en los años Veinte, incluso hubo intentos en las revistas del sindicato — como la valenciana “Claustro” — de reivindicar el *Rock and Roll*, al que en 1960 se atrevían a comparar en su capacidad para movilizar a la juventud nada menos que con el espíritu del 18 de Julio. Pero tampoco en esto fueron capaces de mantenerse firmes. Al año siguiente, ya habían cambiado de opinión y rechazaban la nueva cultura juvenil, pues temían — y con razón — que pudiese crear «focos que podrían llegar a más si encuentran campo fértil para su nocivo desarrollo». Fue probablemente la asociación entre las nuevas modas estéticas y la contestación democrática lo que hizo retroceder, también en esto, a la crítica falangista. El triste resultado fue la asunción final del discurso conservador que sospechaba de todo lo nuevo y juvenil: exactamente lo que el SEU siempre había afirmado combatir³⁰.

Cuando la generación de la Primera Línea dejó la universidad, sus miembros siguieron trayectorias muy diferentes, aunque la inmensa mayoría acabó abjurando del fascismo. Unos lo hicieron claramente, abrazando ideas de izquierda y consecuentemente antifranquistas, o desentendiéndose de la política sin más. Otros, en su deseo de hacer carrera dentro del régimen, mantuvieron su falangismo como un disfraz retórico que ocultaba posiciones tan derechistas y posfascistas como las de los burócratas del Movimiento. Esa opción llevaría incluso a dos ex jefes nacionales del sindicato, Rodolfo Martín Villa y Jesús Aparicio Bernal, a redactar el proyecto que orientó al gobierno en la sustitución del SEU por unas Asociaciones Profesionales de Estudiantes. Después de eso, lo único que quedó del falangismo en las universidades españolas fueron grupúsculos marginales y escuadras de extrema derecha³¹.

30. J. L. Rodríguez Jiménez, *Historia...*, cit., p. 507; M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato...*, cit., p. 340; S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 283 y 324-327.

31. S. Rodríguez Tejada, *op. cit.*, I, pp. 410-412 y 417-418; F. Blanco Moral, *El Frente de Estudiantes Sindicalistas. Una manifestación de la oposición falangista al régimen de Franco*, en “Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Hª Contemporánea”, III, 1990, pp. 191-209.